



C á n d i d a y l a M u ñ e c a q u e H a b l a

Señora Elena de Case

Cándida y su mamá fueron a la tienda para comprar un regalo para el cumpleaños de David. Cuando pasaron por los juguetes, Cándida se quedó mirando una muñequita hermosa con largo cabello rizado. Y cuando Mamá no la veía, ella metió la muñequita en la bolsa de su chaqueta. Mamá la vio jugar con la muñequita nueva y le preguntó: “Cándida, ¿dónde conseguiste esa muñeca? Yo nunca la he visto”.

“Yo cambié muñecas con Nancy porque ella quiso jugar con mi muñeca Betty”, contestó Cándida sin levantar la mirada para ver el rostro de su mamá.

“Vaya”, contestó Mamá.

Cándida se retiró a su cuarto y escondió su muñeca Betty asegurándose de que no quedara a la vista para que Mamá no tuviese sospecha.

Aquella noche cuando las luces se habían apagado y Cándida estaba en su cama, ella comenzó a sentirse fea por la mentira dicha a mamá y el robo de la muñeca.

De repente se oyó una vocesita de debajo de las chamaras. “Cándida, soy yo”.

“¿Quién eres?”, preguntó Cándida con voz suave. “¿Eres tú, Mamá?”

“No”, contestó la vocesita. “Soy yo la muñequita que tú robaste hoy”.

“Pero . . . , pero . . . yo . . . yo . . . , yo . . . , yo no te robé”, contestó Cándida.

“Pero tú no me puedes engañar porque yo conozco la verdad. Tú me metiste en tu bolsa cuando tu mamá no estaba viendo”.

“Tú eres una muñeca y muñecas no hablan; tampoco piensan. Así todo eso es mi imaginación”, razonaba Cándida.

“Pues aunque crees que todo es imaginación, de todas maneras me cae mal lo que tú hiciste. Yo tenía una muñeca amiga que también fue robada por una muchacha y cuando la muchacha sentía miedo de que su madre se iba a dar cuenta del robo, la muchacha la tiró en la basura. Y, Cándida ¿vas a echarme a mí en la basura también? Yo siempre he soñado que algún día alguna muchacha amable me iba a comprar y que me iba a llevar a casa, y que iba a jugar conmigo; me iba a querer

mucho y que su madre me iba a hacer muchos vestiditos bonitos. Pero supongo que esto no va a suceder”.

“Oh, mi muñequita, yo no te voy a tirar pero no sé que hacer. Mamá se va a enojar mucho”.

“Cándida, solamente tienes que contar a tu mamá la verdad y puedes regresar a la tienda y pagar. Cuenta a la señorita lo que hiciste y dile que estás arrepentida y quieres pagar por la muñequita. Ella te va a entender”.

Cándida se levantó de su cama y con paso lento se acercó al cuarto de Mamá.

“Mamaíta”, dijo con voz suave asomándose a la puerta del cuarto de su mamá.

“Sí, preciosa. ¿Qué quieres?” respondió Mamá suavemente.

“Tengo que decirte algo, y no puedo dormir hasta contártelo”, dijo Cándida

“Muy bien, querida, ven. ¿Qué te pasa? ¿Soñaste algo feo?”

“No Mamaíta. Yo te mentí y en realidad yo robé la muñequita y no la presté de Nancy. Me siento muy fea. Lo siento mucho”.

“Pues bien. ¿Qué piensas que debes hacer? ¿No crees que te conviene regresar a la tienda y pagar por la muñequita?”

“Cómo no, Mamaíta. Eso es precisamente lo que la muñequita me dijo y me contó que la señorita de la tienda comprendería todo”.

“Bueno, tú tienes una muñequita muy inteligente. Creo que debes hacer precisamente lo que ella te dice. Y hagamos una cosa. Hinquémonos aquí al lado de la cama y pidamos a Jesús que te perdone. Cuéntale que estás triste y arrepentida de lo que hiciste”.

El resto de la noche Cándida durmió bien y mamá dio gracias a Dios por haber hablado a su hija por medio de la muñeca.